

Madrid, 2 diciembre 2017. Librería Mujeres y cía., 19:30. Carmen O., Ana M. y yo.

**Hablar del incesto es revolucionario: *Ese Día sobrecogedor*, de Emily Dickinson
María-Milagros Rivera Garretas**

Parece un contrasentido el celebrar el quinto aniversario de la librería Mujeres y Compañía presentando un libro como *Ese Día sobrecogedor*, un libro que recoge una selección de poemas de Emily Dickinson sobre algo tan horrendo como es el incesto. Y sin embargo, Emily Dickinson consigue en este libro abrirle un camino ancho y practicable a la libertad femenina y a la independencia simbólica de una mujer. Es esto lo que celebramos, tanto del libro como de la librería.

¿Cómo lo consigue Emily Dickison? Precisamente con la poesía. Y no lo hace con poemas sucios, porque los poemas sucios son poemas reactivos y, por tanto, no libres. Lo hace con poemas diamantinos y puros como ella misma, poemas que alcanzan la expresividad total porque no responden a la violación paterna que es el incesto con otra violación, ahora una violación simbólica que repita el horror. Son poemas diamantinos y puros porque responden con la fuerza de la verdad de las mujeres, verdad inapelable de la niña que ha atravesado el horror y, una vez cumplido su poema, una vez cumplida su palabra, se convierte en la Señora del juego, la Señora del juego de lo simbólico. Cuando Emily habla del incesto, el patriarcado se queda en silencio.

El incesto es el delito fundador del patriarcado, su primer delito y el último que queda por poner en palabras. El incesto no cabe en la matria, no cabe en las sociedades matrilineales. En las sociedades patriarcales convive con su prohibición sagrada, llamada tabú del incesto. Hoy, al final del patriarcado, el tabú del incesto ha derivado en el tabú de decirlo, de desvelarlo, de nombrarlo. Este es el tabú que Emily Dickinson pulveriza y enseña a pulverizar.

El incesto es un delito patriarcal contra la madre y contra el orden simbólico de la madre, el orden de sentido de la vida y de las relaciones, o sea, del mundo, que la madre enseña. El incesto rompe el cuerpo de la niña y rompe la sintaxis de su lengua materna, con el fin de que la niña calle, de que no pueda hablar con sentido, de que no pueda relacionar lo que le pasa con lo que dice, de modo que salga del orden de la madre y se quiebre su genealogía femenina. La sintaxis es, finalmente, una relación entre las palabras que compone sentido. Por eso, hablar del incesto es revolucionario: diciéndolo, viene al mundo cada vez sentido nuevo, sentido hasta ahora indisponible.

Es revolucionario hablar del incesto porque el desvelarlo hace simbólico: lo simbólico se hace hablando, hablando cada mujer de su experiencia verdaderamente. A fuerza de hablar verdaderamente, las conciencias cambian. Cambiando las conciencias, cambian las acciones, porque el proceso vuelve algunas de ellas inconcebibles, impensables. Las leyes pueden cambiar las conciencias, sí, pero lo hacen muy a tientos y despacio, siempre por detrás del presente. Mucho más deprisa y cualitativamente mejor las hemos cambiado y las cambiamos las feministas. El final del patriarcado ha sido un cambio en las conciencias traído una a una por las mujeres que nos negamos a hacer del hombre que amábamos o habíamos amado, un patriarca. Ahora queda pendiente el volver impensable el incesto.

De la escritura poética de Emily Dickinson se ha dicho que es espasmódica, y se ha intentado relacionar los espasmos con ciertas enfermedades mentales y sospechosas, nunca con el incesto, por más que ella del incesto que sufrió de su padre y de su hermano hablara con toda claridad, si es que es claro o clarísimo el decir, por ejemplo, en el poema 1096:

La Hierba separa como con un Peine –
Se ve un Asta moteada,
Y entonces esta se acerca a tus Pies,
Y se abre con mayor extensión –” [los Dickinson eran pecosos]

O en el 1742:

En Invierno en mi Cuarto
Me encontré con un Gusano
Rosa lacio y caliente

Lo de los espasmos de la escritura de Emily molesta y ofende primero a una feminista, también a mí; pero a lo largo de la traducción de su poesía completa que hemos hecho Ana Mañeru y yo, hemos visto que es verdad, que a veces su poesía es efectivamente espasmódica. Por ejemplo, esta estrofa del poema 673: “Si una vez más – Perdón – Chico – / La Magnitud tú puedes / Agrandar mi Mensaje – Si demasiado vasta / Otro Muchacho – te ayude –”.

Hemos descubierto que la escritura espasmódica fue una de sus maneras, quizá la más eficaz, de decir cómo rompe el incesto el cuerpo y la sintaxis de la lengua materna de la niña. Hemos descubierto que los espasmos son precisamente lengua materna, o sea, expresividad en estado puro que repite y hace que vibren, retumben y repercutan en ti, lectora o lector, los golpes metódicos y mortales de la acción misma del incesto. Los espasmos avisan eternamente a quien lee de que el horror está al llegar, inoculándole sin rodeos un terror que repite el terror padecido por la escritora de niña, un terror sin tiempo, sin relación, sin sintaxis. En la poesía de Emily Dickinson, el espasmo es ya política. Y política de una eficacia extrema, una eficacia de la poesía y del habla que creo que solo las mujeres conocemos. A su lado, todo discurso, toda ideología, toda ley, toda pintura, se vuelve humo y planicie. Por eso es tan importante hablar hoy verdaderamente del incesto.

¿Por qué hoy? Porque hay una prohibición implícita de mencionarlo, de nombrarlo. La semana pasada, entre todo lo que he leído y oído sobre la violencia contra las mujeres, la palabra “incesto” no ha salido nunca. Se usan todo tipo de eufemismos y rodeos absurdos y hasta ridículos para tapanlo, para dejarlo intacto, como si quemara, también entre mujeres y entre feministas. Hablar del incesto da terror, y esto es precisamente consecuencia y causa importantísima del final del patriarcado. Da terror el tomar conciencia de que en el origen de las patrias está el delito del incesto, delito y tabú sagrado y mudo al mismo tiempo. La libertad femenina es así: no llega por necesidad histórica; llega porque se favorece su llegada, como dice el libro precioso *No creas tener derechos*. A la independencia simbólica le pasa lo mismo: se obtiene desvelando y hablando verdaderamente de la propia experiencia para favorecer su llegada. Emily Dickinson lo hizo a lo grande de la suya, de su experiencia personal del incesto. Es

precisamente esto lo que celebramos hoy, con el aniversario de la librería: que poniendo en palabras, diciendo lo que verdaderamente es, las mujeres hacemos política.

Muchas gracias.